

La casa de los *diamantes*

Esther de los Reyes



Título: La casa de los diamantes

Primera edición: mayo, 2026

© 2026, del texto Esther Tejado Morgado.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 2243-2026

ISBN: 979-13-88290-53-4

A todas esas mujeres que lucharon por la libertad de ser ellas mismas

Índice

1 Madrid, principios de los años 90	9
2 Camino a Sevilla, principios de los años 90.....	21
3 El pueblo, principio de los años 90	29
4 El pueblo, años 70.....	39
5 El pueblo, principios de los 90	83
6 Sevilla, mediados de los años 70	93
7 El pueblo, principio de los años 90	109
8 Sevilla, finales de los años 70	125
9 Madrid, finales de los años 70.....	147
10 Sevilla, finales de los años 70	159
11 Casa Diamante finales de los años 70.....	177
12 Sevilla, finales de los años 70	191
13 Madrid, finales de los años 70	197
14 El pueblo, principio de los años 90	213
15 Madrid, principio de los 80.....	219
16 El pueblo, principio de los años 90	231

Madrid, principios de los años 90

Las luces del mediodía entraban a través del balcón de la habitación cuando Érica despertó. Habían sido unas semanas muy intensas de rodaje ultimando el final de la película que acababa de protagonizar y, puesto que había regresado la noche anterior de Barcelona, se tomó la libertad de descansar hasta tarde. Se tumbó boca arriba y contempló el inmaculado techo blanco que la cubría mientras ordenaba sus pensamientos. Cada vez que terminaba una película tenía tiempo de fijarse en los pequeños detalles de la vida, lo que le hacía preguntarse si todo lo que estaba viviendo era verdad o un sueño. Se fijó en la moldura que rodeaba la lámpara que descansaba sobre ella, algo extravagante, pero en armonía con el estilo de la decoración. Se mordió el labio inferior, dando por hecho que todo aquello era real al notar el tacto de su diente sobre la piel.

Se incorporó sobre el colchón y cruzó las piernas a la vez que se pasaba una mano por el espeso cabello negro. Estaba cansada, pero sabía que no sería capaz de volver a dormirse, así que decidió ir a desayunar. Al salir de su habitación, mientras se ataba la bata de seda, pudo contemplar las fotografías que estaban dispuestas sobre la estantería del pasillo, fotos que le provocaron una paz interior imposible de alterar. En ellas pudo ver el paso del tiempo y como gracias a ello su vida se había ido construyendo. Había una foto de su boda, dos de sus hijos cuando eran bebés, un recorte de periódico de la primera película que hizo, fotos con amigos... y una muy especial con la que su corazón dio un vuelco, pues era una en la que

aparecía con su hermano Jairo y su madre. La cogió entre sus manos y la acarició con el pulgar a la vez que un calor inundó su pecho. Era de los pocos recuerdos felices que conservaba de aquella época y, pese a que el color estaba desteñido, podía apreciarse a la perfección los rasgos de cada uno. Su madre aparecía sentada en el pollete de una casa sosteniéndola a ella en brazos mientras su hermano les mostraba algo que llevaba entre las manos. Jairo siempre fue travieso, y por la expresión de su madre algo divertido debía estar tramando. Érica sonrió con ternura y devolvió la foto a su sitio. Anduvo hasta las escaleras, donde se percató que las flores de su altar se estaban marchitando. Era un pequeño mueble con una terminación circular recubierto de dalias y jazmines en el que se encontraban fotos de amigos y familiares que ya no estaban. Agarró la caja de cerillas para prender las velas que se encontraban apagadas. Al terminar, agitó el fósforo que tenía entre sus dedos para matar la llama antes de quemarse. Tras rezar una pequeña oración bajó a la cocina, dónde encontró a su marido bebiendo una taza de café. Se acercó despacio por detrás, rodeándole la cintura con los brazos antes de darle un cariñoso beso de buenos días. Mario sonrió alegre de tener a su mujer de regreso. Dio un nuevo sorbo a la taza y señaló una noticia del periódico que rezaba: «Érica Solís, la otra cara la Sirena» junto a una imagen de ella siendo maquillada frente a un espejo de bombillas.

—¿Hasta cuándo van a seguir comparándolo todo con *Sirenas*? —dijo mientras se giraba y cogía una manzana del frutero—. Han pasado siete años ya.

—Creo que lo que tratan de decir es que interpretas un personaje totalmente diferente al de aquella película. La noticia es bastante interesante.

Érica hizo una mueca antes de dar un bocado a la manzana. Se sentó sobre la encimera a la vez que agarraba el trozo de papel para ver de qué trataba el artículo. Por lo general tenía una buena relación con la prensa, pero nunca podía saberse. Leía intrigada la noticia cuando de repente sonó el teléfono. Desde la cocina oyeron como alguien lo descolgaba y, acto seguido, una sirvienta vestida con caftán apareció buscando a la señora. Mario se aproximó, pero Fawzia señaló a Érica alegando que preguntaban por ella. Levantó la vista de la noticia mirándolos con el ceño fruncido. Odiaba hablar por teléfono, así que bajó de la encimera a regañadientes

antes de seguir a la sirvienta hasta la otra sala, donde le entregó el auricular del aparato. Reconoció la voz de su hermano en cuanto lo colocó sobre su oreja, inundándola de alegría. Empezó a hablar acelerada contándole cómo habían sido las últimas semanas, pero enseguida supo que algo no iba bien debido a las respuestas cortas de él. Fue directa al grano y preguntó qué estaba pasando, a lo que Jairo respondió con una noticia que no la sorprendió pero a la vez temía desde hacía tiempo. Su padre había muerto aquella madrugada. Fue desagradable, pero no le dolió. Siguió escuchando a su hermano en silencio mientras le contaba cómo lo habían dispuesto todo, la hora de la misa y el posterior entierro.

—Las hermanas van a velarlo dos días, si te es muy precipitado venir hoy, puedes llegar mañana.

Aquello sacó a Érica de su ensimismamiento. Había pensado muchas veces en que ese momento llegaría, pero nunca en cómo lo enfrentaría. Llevaba años sin ver a su familia, y no le apetecía hacerlo precisamente en el funeral de su padre, por lo que declinó el ofrecimiento.

—Lo siento, pero no voy a ir.

—Flaca...

«Flaca», así era como la conocían en su casa desde que era pequeña. Cada vez que lo oía sentía algo retorcerse en su interior con una sensación agri dulce debido que le recordaba a su infancia, pero también al sufrimiento. Volvió a negarse y se disculpó con su hermano, así que este decidió no presionarla. Se despidió de él de manera cariñosa antes de colgar el teléfono.

Mario la vio entrar de nuevo en la cocina desorientada. Esperó paciente a que hablase, pero como retomó su lectura del periódico preguntó cuál era el motivo de la llamada. Érica se mostró escueta, respondiendo lo justo y necesario. Mario insistió hasta que obtuvo la respuesta que necesitaba para terminar de completar el puzle. Se acercó a ella para abrazarla, pero Érica quitó importancia al asunto y siguió comiendo.

—Llamaré a la oficina para decir que me ausento unos días y luego iré a comprar los billetes.

—¿Billetes para qué? —preguntó extrañada.

—¿Prefieres que vayamos en coche?

—¿Ir a dónde? —Levantó la vista y se encontró con la expresión

desconcertada de Mario. Entonces ató cabos— ¿Al entierro? Estás loco si piensas que me voy a presentar allí.

Mario respiró profundo. Conocía la mala relación entre su mujer y su familia, pero dadas las circunstancias a lo mejor era el momento de cambiar eso.

—Pensé que querías asistir al funeral de tu padre, y de paso ver a tus hermanos.

Érica soltó un bufido a la vez que hacía un gesto despectivo con la mano, lo que sentó muy mal a su marido. Dejó con cuidado la taza de café sobre la encimera para a continuación mirarla a los ojos con el semblante serio.

—Solo estoy intentando ayudarte, para que encima me trates así. Ya ves el interés que tengo yo en ir dónde el clan Solís.

Las palabras salieron de su boca llenas de veneno, lo cual hizo que Érica bajase el periódico para poder verle mejor. Su expresión era desafiante.

—¿Qué tienes tú que decir de mi gente?

—Nada, ya lo dices todo tú sola.

Érica frunció los labios, agarró el periódico y lo arrojó hacia un lado con fuerza, saliendo de la habitación después. Al verla, Fawzia corrió tras ella escaleras arriba hasta su dormitorio, dónde Érica le dijo que estaba bien. Sin embargo, la sirvienta se negó a marcharse hasta asegurarse de que era verdad. Se conocían desde hacía muchos años y tenían la confianza suficiente para tomarse esas libertades, ya que pese a todo eran amigas. Érica miró en derredor su habitación sin saber bien qué hacer, así que empezó a desnudarse todo lo rápido que pudo. Mientras Fawzia recogía la ropa del suelo, Érica se vistió con un chándal de terciopelo azul. Agarró su bolso y tras ponerse las gafas de sol salió de la casa sin despedirse de su marido.

Condujo en dirección al centro de la ciudad sin encender la radio del coche, necesitaba ordenar sus pensamientos. El tráfico era denso pero fluido, así que llegó a su destino antes de lo previsto. Cuando por fin consiguió aparcar se llevó la mano a la barbilla intentando deducir cuál sería el camino más corto hasta el establecimiento que buscaba, dándose por vencida casi al instante. Por suerte solo tuvo que cruzar dos manzanas hasta alcanzar una calle ancha donde se encontraba la sala de fiestas que

buscaba. La fachada era de color azul, sobre la que presidían dos puertas pintadas en blanco. Por encima de ellas había un letrero luminoso que rezaba: «Casa Diamante», el cual se encontraba apagado debido a la hora. Sin embargo, una de las puertas estaba abierta, lo que indicaba que había gente trabajando. Érica se encontró con un pequeño recibidor bajo el que colgaba una lámpara de araña llena de pequeños cristales, también apagada. Descendió las escaleras con cuidado hasta llegar a unas puertas de cristal opacadas por unas cortinas de terciopelo. Empujó hacia dentro, pero estaban cerradas. Chasqueó la lengua antes de sacar una llave del bolso e introducirla en la cerradura. Aquello dio paso a una enorme sala dispuesta en dos alturas, decorada con papeles pintados en azul y dorado, espejos, lámparas y un sin fin de reservados. En el centro de la estancia se encontraba un escenario con unos cuantos jóvenes ensayando, pero Érica buscaba a alguien en concreto. Miró a lo lejos sin que nadie notase su presencia hasta que la encontró justo detrás de la barra, haciendo inventario de las bebidas, mandado a diestro y siniestro para que repusieran todo lo que faltaba. No hizo falta siquiera llamar su atención. En cuanto Érica se acercó, la mujer, que seguía de espaldas, habló mientras continuaba tomando notas en su cuaderno.

—¿No es muy temprano para beber? —Se giró con una sonrisa divertida—. ¿O es que solo venías a verme, comadre?

Érica sonrió alegre, mientras Lucero salía de detrás de la barra para fundirse en un fuerte abrazo. Después se sentaron la una frente a la otra sobre unos taburetes altos. Lucero agarró una botella y sirvió el contenido en unos vasos pequeños mientras le preguntaba qué hacía allí a esa hora, a lo que Érica respondió con la noticia sobre la muerte de su padre. Lucero abrió mucho la boca, sorprendida, a la vez que le tendía uno de los vasos justo después. Ambas bebieron el contenido de un solo trago, lo que provocó una mueca sobre sus rostros debido a la fuerza del licor. Érica continuó dando detalles sobre lo sucedido mientras Lucero llenaba nuevamente los vasos. Volvieron a repetir el ritual hasta que fueron interrumpidas por otra mujer.

—El patriarca la ha palmado —se adelantó Lucero ante el asombro de la otra—. Oh, no pongas esa cara, Rosario. Demasiado ha aguantado...

—Lo siento mucho, Érica —dijo la recién llegada mientras acariciaba

su brazo—. ¿Qué vas a hacer? ¿Te irás esta tarde?

—¿Por qué todos dais por hecho que voy a ir al entierro? —preguntó exacerbadamente—. No me quieren allí, y tampoco quiero yo.

Las dos amigas guardaron silencio, incómodas por la situación. Rosario miró a Lucero y le dio un golpe discreto con el brazo para que cambiase de tema mientras Érica apoyaba los codos sobre la barra, mirando hacia abajo.

—¿Sabes? Muchas veces no es tanto cuestión de querer como de deber. Yo me planté en el entierro de mi madre solo por dejarlos a todos con la boca abierta, y me encantó. —Érica la miró confusa—. Piénsalo, la hija a la que repudió vuelve convertida en una estrella. Es tu deber dar esa guantada sin mano.

Rosario la acompañó con un gesto dramático, lo que hizo que las tres rompiesen a reír. Luego se cogieron de la mano mientras Érica les daba las gracias. También les contó que había reñido con su marido por ese motivo, lo que hizo que Lucero diese la razón a Mario.

—Es tu decisión, y es comprensible que no quieras asistir —alegó Rosario—. Pero pienso que deberías. De algún modo puede ayudarte a reconciliarte con el pasado.

Érica agradeció de nuevo los consejos de sus amigas, pero no terminaron de convencerla. Viendo que no iba a cambiar de opinión, Lucero aprovechó el silencio para enseñarles la nueva coreografía que estaban preparando los artistas. Las condujo hasta el escenario donde cuatro hombres trataban de ensayar el número junto a una joven radiante. Casa Diamante se había convertido en el referente del transformismo por excelencia en la ciudad de Madrid. Las tres amigas junto con Fawzia habían decidido invertir el dinero que les fue legado de una herencia en una sala de fiestas que acogiese este arte que renacía tras el fin de la dictadura, y así dar una oportunidad a todas esas personas que, igual que ellas, luchaban por la libertad de ser sí mismas. El nuevo número se alejaba de la copla tradicional para ofrecer un espectáculo al estilo pop, con atuendos más rompedores mientras la artista principal, Vanessa, interactuaba con los bailarines. Una vez que la prueba terminó, Érica quedó muy satisfecha con la nueva incorporación. Felicitó a los artistas por su trabajo, y tras despedirse de sus amigas se marchó para ir a recoger a sus hijos del colegio.

Pese a la fama, Érica disfrutaba de las cotidianidades del día a día. Siempre que se lo permitía su agenda ayudaba a Fawzia con las tareas del hogar, iba al mercado o a por sus hijos, lo cual llamaba la atención de todo el mundo. Llegó al colegio poco antes de que sonase la sirena, así que decidió esperar a solas porque no soportaba a las demás madres. Por petición exclusiva de su marido, y en contra de su voluntad, matricularon a sus hijos en uno de los colegios más selectos de la ciudad, donde vestían con uniforme y hablaban marcando mucho las «s». Al principio, todos estaban encantados de codearse con la artista, hasta que comprobaron que el *glamour* no la acompañaba las 24 horas del día. Érica no tenía ningún problema en mostrar su discrepancia con los demás padres e incluso discutir con los profesores si no estaba de acuerdo en algo, por lo que terminaron dándole la espalda. El sentimiento era recíproco, ya que Érica no soportaba el falserío ni el pijerío de aquella escuela. Conforme llegaban más madres empezó a oír los cuchicheos sobre ella, así que decidió sacar una lima de su bolsillo para arreglarse las uñas en lugar de entrar al trapo. Cuando la campana sonó, una marea de niños inundó la acera entre gritos. En primer lugar, salían los de infantil, así que Érica buscó con la mirada hasta que dio con su hija pequeña. Levantó la mano para llamar su atención a la vez que la llamaba por su nombre, Camelia. En cuanto la niña vio a su madre corrió hasta ella, saltando a sus brazos para abrazarla cariñosamente. Habían estado separadas unas cuantas semanas, así que Érica decidió sorprender a la pequeña yendo a recogerla sin que supiera nada. Esperaron charlando hasta que saliese el curso de su hermano, que estaba en primaria. Sin embargo, el niño apareció cogido por el hombro por su profesora, lo que indicaba problemas. Érica se puso seria mientras miraba a la maestra, quien le indicó con un movimiento de cejas que se acercara. Caminó hacia ellos con Camelia enganchada a la cadera ante la atenta mirada de las demás madres.

—Cuánto me alegra verla, señora Solís —dijo la profesora—. Parece ser que su hijo se ha metido en una pelea, otra vez. Resulta...

—¿Qué ha pasado, Éric? —la interrumpió.

El niño la miró justo antes de bajar la cabeza enfadado, así que su madre puso a Camelia en el suelo y se agachó para estar a su misma altura. Extendió el brazo para examinar mejor el rostro de Éric, que presentaba

un chichón en la frente y una herida en el labio. Érica apoyó su mano sobre el hombro de su hijo, acariciándole con el pulgar para transmitirle confianza. El niño la miró de nuevo con lágrimas en los ojos.

—Se estaban metiendo conmigo, así que fui a la seño, pero no hizo nada —Érica levantó la vista y arqueó una ceja hacia la profesora— Como no paraban les pegué.

—Les pegaste... —intervino con sorna la maestra—. A uno lo dejó en el suelo y a otro le arañó la cara. Comprenderá que su comportamiento es del todo inaceptable.

—Bueno — dijo Érica mientras se levantaba—, él dice que primero le avisó y usted no intervino, ¿por qué? —No hubo respuesta—. Mi hijo lo único que ha hecho ha sido defenderse.

—Pero esas no son las formas, así que hemos decidido expulsarle dos días.

—O sea, que insultan a Éric, se lo dice a usted, pasa de él, y como tiene que defenderse solo, lo expulsan. —Hizo una pausa—. ¿A los otros también los han expulsado, imagino?

—Bueno, al no poder comprobar si era verdad lo que decía Éric, me temo que no.

Érica torció el gesto a la vez que hacía un aspaviento. No tenía ganas de discutir porque sabía que no iba a llegar a nada. Cogió de nuevo a Camelia en brazos y agarró al niño de la mano antes de marcharse sin despedirse. No era la primera vez que su hijo se metía en problemas, pero siempre era la misma historia. La primera vez reunieron a los padres de los implicados en una reunión que tuvo lugar en el colegio con esa misma maestra como mediadora. Entre tres habían acorralado a Éric en el baño llamándole: «maricón», «sucio», «gitano»... antes de empezar a pegarle. Lo que esos niños no se imaginaban era que Éric se defendería, llegando a ganar la pelea. En la reunión todos se centraron en la reacción de Éric en lugar de analizar la base del problema, lo que acabó con Érica enfrentada con los demás padres, quienes solo se dedicaron a victimizar a sus hijos. Desde entonces, la evitaban, tratando de volver al resto de padres en su contra.

Durante el camino a casa, Camelia habló de lo que habían estado haciendo durante la ausencia de su madre con todo lujo de detalle, pero Éric

no dijo nada. Iba sentado en el asiento del copiloto con la cabeza pegada al cristal, así que su madre aprovechó para acariciarle la cabeza cariñosamente. El niño no se inmutó, por lo que decidió darle su espacio. Cuando llegaron a casa, Camelia salió del coche y corrió a través del jardín para entrar por la puerta de la cocina mientras su madre se quedaba atrás para hablar con su hermano.

—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó Éric mirando al suelo.

—Claro que no —respondió su madre agachándose a su lado—, pero no me gusta que te pegues, aunque a veces parezca la única solución. Tienes que resolver los problemas de otra forma.

—¿Cómo? Se ríen de mí, me insultan. —Empezó a llorar—. Y nadie hace nada.

Se abrazó al cuello de su madre, quien lo recogió entre sus brazos con un nudo en la garganta mientras susurró en su oído que todo estaría bien. Permanecieron así hasta que Éric se calmó. Luego se miraron, y con una sonrisa cómplice Érica tocó su nariz para luego ponerse en pie. Pero el niño no estaba de humor. Se giró para continuar el camino que había recorrido antes su hermana mirando al suelo. Su madre lo observó con los brazos cruzados, maldiciendo por dentro a esos niños y a la institución del colegio. Intentó pensar algo, pero un ruido en la cancela la distrajo. Se volvió justo a tiempo para ver cómo un muchacho de unos quince años entraba por la puerta llevando consigo una mochila. La miró con una sonrisa en los labios.

—¿Qué dice la *mama*? —Se acercó a ella para darle un beso en la mejilla. Luego se percató del pequeño que se alejaba arrastrando los pies—. ¿Y a este que le pasa?

—Ha vuelto a pelearse —respondió mientras se encogía de hombros.

—¡Otra vez?! *Mama*, tenéis que sacarlo de esa mierda de colegio, le están haciendo la vida imposible. La semana pasada también se metió en otra pelea.

—¿Cómo? —lo miró muy seria—. ¿Por qué nadie me ha dicho nada de eso, Jairo?

—Mario no quiso preocuparte, me dijo que hablaría contigo cuando volvieras de Barcelona.

Érica fue a responder, pero recordó todo lo que había ocurrido esa

mañana. Soltó un resoplido, agarró a su hijo mayor del brazo y caminaron juntos hasta la casa donde aguardaban los demás para comer. Mario se reunió con ellos haciendo un gesto extrañado mientras señalaba con el pulgar a Éric. Su mujer aprovechó para explicarle lo sucedido, y de paso para amenazarle con meter a sus hijos en un colegio público si no hacía nada al respecto. Mario sonrió locuaz, y tras dar un abrazo a Jairo cogió el teléfono con la intención de llamar al centro escolar. Tendrían sus diferencias a la hora de educar, pero en lo que concernía a sus hijos los dos iban a una.

Durante la comida salió a relucir la muerte del patriarca. Para los niños era un completo extraño ya que nunca lo habían visto, ni hablado con él, así que no les afectó en absoluto. Sin embargo, Jairo coincidía con Mario en su opinión sobre asistir al entierro, ya que pese a tener una familia tan grande solo conocía a algunos de sus tíos y le parecía un buen comienzo para estrechar lazos con ellos. Érica se mantuvo firme en su decisión de no bajar al pueblo, acabando el almuerzo con un incómodo silencio sobre la mesa.

La tarde continuó tranquila. Mario se marchó a la oficina, Jairo fue a jugar al baloncesto y los niños hicieron los deberes. Érica aprovechó el buen tiempo para tomar el café en el jardín acompañada de Fawzia. Para ella, Fawzia era una igual en la casa, tenía voz y por supuesto voto en todas las decisiones que la incumbiera, pues eran amigas desde hacía muchos años, cuando ambas trabajaban sirviendo en una casa. Aprovechó el momento para pedirle consejo sobre el asunto relacionado con su padre. La joven musulmana dio la razón a Érica en lo referente a no querer asistir al entierro, ya que, en su opinión, no le debía nada a nadie. Sin embargo, también coincidía con los demás en que sería bueno acudir para así tratar de curar todas las heridas del pasado. Érica no respondió, simplemente tomó la mano de Fawzia mirándola con una sonrisa cariñosa. Se terminó el café y se quedó a solas, sentada sobre el sofá con las piernas cruzadas mirando al horizonte. Trató de reflexionar sobre el tema, pero su mente era como un campo de batalla donde no paraban de aflorar recuerdos uno tras otro. No fue capaz de organizarlos, así que volvió a entrar en la casa para subir a su habitación.

Estaba viendo la televisión con los pequeños cuando Mario regresó. Camelia y Éric corrieron a saludar a su padre, y este les dijo algo que Érica

no fue capaz de escuchar. Mientras se acomodaba sobre los cojines, Mario apareció tras ella con un álbum de fotos. Lo dejó sobre el asiento en silencio, esperando que su mujer reaccionara. Érica no quería mirar, sabía lo que era aquello y no tenía ni idea de cómo había acabado en sus manos. Mario le tocó el brazo, señalando después el álbum con la mirada.

—¿Qué es eso? —preguntó haciéndose la tonta.

—Sabes de sobra lo que es. —Lo cogió entre sus manos y se lo tendió abierto—. Entiendo que el pasado te duela, pero, aunque te cueste reconocerlo, quieres a tu familia. ¿Cómo si no ibas a haber estado pagando el tratamiento de tu padre? —Érica le miró horrorizada al haberse visto descubierta—. Con esto no te estoy recriminando nada, yo también pasé años mandando dinero a los míos. No entiendo que no quieras estar con ellos en estos momentos, después de todo lo que haces por ellos en la sombra. Porque sí, sé muchas más cosas.

Érica suspiró mientras se recostaba sobre el sofá. Apoyó la cabeza en el respaldo para poder mirar a su marido a los ojos. El tema de su familia era delicado. Aunque habían hablado muchas veces sobre ello, siempre le costaba sacarlo a la luz porque le dolía. El hecho de que la estuviese forzando a exponerlo le hacía sentir vulnerable.

—No es tan fácil, Mario. Tú sabes todo lo que ocurrió, no puedo aparecer allí.

—¿Por qué no? Tu hermano daba por hecho que ibas a ir, ¿qué más da el resto?

Érica lo miró pensativa antes de desviar la vista hacia el álbum. Eran los pocos recuerdos visuales que tenía del pasado, fotografías en blanco y negro que su hermano había copiado y enviado de forma clandestina. Lo cogió entre sus manos mientras las lágrimas comenzaban a arder sobre la línea de agua. Mario la abrazó por detrás, dándole un cariñoso beso sobre la cabeza.

—Todo va a estar bien.

Érica pasó sus dedos por las mejillas para eliminar el rastro del silencioso llanto. Miró a su marido con una sonrisa y besó sus labios a modo de agradecimiento. No servía de nada tratar de enterrar aquellos sentimientos si la herida seguía abierta. Tenía que volver, reconciliarse con los suyos y el pasado a pesar de que el camino pudiera ser doloroso. Esta podía ser

la última oportunidad de sanar, debía aprovecharla.

En ese momento regresaron los niños, preguntando qué era aquello que su madre sostenía entre las manos. Érica los acurrucó junto a ella para mostrarles las fotografías de su infancia en Los Naranjos, un área a las afueras de un pueblo sevillano dónde nació y se crio junto a su familia. De esta manera, les fue presentando a todos los miembros del clan Solís y a muchas otras personas que habían formado parte de su juventud. Mientras Camelia hacía una pregunta tras otra sobre las personas de las fotos, Éric guardaba silencio escuchando a su madre con embeleso. Así pues, la rama del árbol genealógico de los pequeños Osorio se juntó con la de los Solís.

Camino a Sevilla, principios de los años 90

Érica decidió que lo mejor sería acudir sola al pueblo pese a la oposición de su marido y Jairo. Llegaron al acuerdo de que podrían ir ellos también una vez que se hubiesen solucionado las diferencias familiares, pero el primer paso debía darlo ella en solitario. Érica sintió una horrible sensación al pensar que tendría que enfrentarse a su familia, un enfrentamiento que llevaba postergando durante quince años. Pese a todo, sabía que había llegado el momento de dar la cara ante el clan Solís.

A la mañana siguiente, Érica se despidió de su familia en el recibidor. Abrazó a los pequeños con fuerza, y tras besar a Jairo en la mejilla salió de la casa acompañada de Mario, quien no dejaba de repetir que le llamase ante cualquier emergencia, le hizo callar con un tierno beso, tras el cual se subió al coche y puso rumbo hacia el sur.

Condujo sin descanso hasta llegar al desvío del pueblo, dónde Érica sintió un pinchazo en el estómago que la obligó a detener el coche para vomitar sobre la vía. Decidió quedarse ahí hasta que se calmasen sus nervios, bebió un poco de agua y aprovechó para retocarse el maquillaje, con tan mala suerte que justo en ese momento apareció un vehículo de la Guardia Civil. Tranquila, guardó despacio la máscara de pestañas en su bolso y explicó a los agentes lo sucedido. Estos, al ver el vómito sobre la calzada y la lucidez con que la actriz narró los hechos, pudieron comprobar que no presentaba síntomas de embriaguez, por lo que solo le pidieron que continuara con la marcha.

Al entrar en el pueblo su corazón dio un vuelco, pues estaba todo completamente cambiado: calles asfaltadas, coches aparcados en los callejones, y un sin fin de nuevas construcciones. Bordeó todo el poblado por las inmediaciones buscando el antiguo camino de tierra que comunicaba el pueblo con la barriada Los Naranjos, dónde creció, pero era todo tan distinto que no fue capaz de encontrarlo, así que tuvo que callejear poniendo especial atención para no perderse. Tras varias maniobras terminó llegando a un callejón sin salida, lo cual hizo que se desesperase, golpeando el volante con fuerza. Respiró profundo, dio marcha atrás y emprendió una nueva búsqueda. Si bien era cierto que habían pasado quince años desde que se marchó, no podía entender cómo todo había cambiado tan drásticamente. De repente llegó a un cruce, lo atravesó despacio y se detuvo en seco. A la derecha se fijó en una vieja farola de hierro que no tenía nada que ver con las que había visto hasta ahora, por lo que decidió seguir en esa dirección. Poco a poco fueron apareciendo edificios más viejos y de menor altura hasta desembocar en una plaza rectangular presidida por una pequeña fuente que Érica reconoció enseguida. Decidió aparcar en ese mismo lugar ya que su antigua casa familiar se encontraba en uno de los edificios que daban a esa plaza. Abrió la puerta del coche con lentitud, posando uno de sus tacones sobre los adoquines que aún resistían al paso del tiempo antes de descender. Un grupo de muchachos de unos trece años vestidos de chándal y cargados de oro se quedaron mirándola hasta que uno de ellos decidió acercarse. Érica no se movió mientras el chico pasaba su mano por el inmaculado vehículo intentando intimidarla. Para el joven, ella no era más que una pija que había acabado en el lugar equivocado, y pensaba sacar algo a cambio. Lo que él no sabía es que ella se había movido por esas mismas calles mucho antes de que él naciera, así que se le adelantó.

—Toma —dijo ofreciéndole unos billetes—. Si cuando vuelva el coche está intacto te daré otras mil pesetas.

El chaval se quedó atónito, pero cogió el dinero a la vez que hacía un gesto indicando que así sería. Érica le acarició la cara a modo de agradecimiento, y en cuanto se quitó del medio, el resto de muchachos corrió hasta allí mientras el otro les prohibía mirar siquiera el coche.

Delante del portal, Érica respiró profundo, se santiguó y cruzó el

umbral. Echó un vistazo al rellano del bajo: azulejos descolgados, el suelo sucio, la barandilla de la escalera astillada... de repente se vio en otra dimensión que había permanecido oculta en su memoria. Volvió a coger aire y comenzó a subir los escalones hasta el primero, donde se detuvo delante de la puerta central. Estaba abierta, invitando a la gente a entrar a dar el pésame a la familia y mostrar sus respetos al difunto. Comenzó a temblar de nuevo, pero sabía que cuanto antes lo hiciera sería mejor. Tras un largo suspiro se armó del valor suficiente para atravesar la puerta. Para sorpresa de nadie, el barullo que había dentro se redujo hasta el más impoluto silencio en cuanto la vieron aparecer. Solo Jairo, su hermano mayor, se alegró con su presencia, acercándose corriendo hacia ella con una sonrisa. Se fundieron en un largo abrazo ante la mirada de estupefacción de los demás, que comenzaron a cuchichear. Cuando se separaron, Jairo la cogió de la mano para que pasase a la estancia, sirviéndole a la vez de escudo frente al resto.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó su hermana Esperanza, y viendo que nadie le respondía volvió a insistir, esta vez más desagradable.— ¡¿Qué hace aquí?!

—La llamé yo —aclaró Jairo—. Para que supiera lo que había pasado.

Esperanza rio irónica mientras ladeaba la cabeza, golpeando tras esto la mesa con furia. Por el contrario, Teresa se acercó a su hermana, la besó en la mejilla y le indicó que podía pasar a ver a su padre si quería despedirse. Érica no sabía qué hacer, pero puesta a estar en una habitación incómoda con el resto de sus hermanos prefirió pasar junto a su padre. Este por lo menos no diría una palabra. Mientras entraba en el cuarto, Esperanza expresó su disconformidad a gritos alegando que no se merecía ni que la mirasen a la cara. Jairo la mandó callar, pero su hermana estaba fuera de sí, agarró un cenicero y lo estrelló contra el suelo al mismo tiempo que se cerraba la puerta de la habitación.

Una vez sola, Érica contempló el cuerpo sin vida de su padre desde la distancia. Sin embargo, lo único que sintió fue alivio. Se acercó a él lentamente, sentándose en una silla dispuesta al lado de la cama. Recorrió con la mirada la triste habitación mal iluminada, se cruzó de piernas y sacó un cigarro del bolso a la vez que miraba con desdén al patriarca. Agachó la cabeza para encender el cigarro con una vela, y tras dar una profunda

calada lo sujetó entre sus dedos.

—Cómo son las cosas, ¿eh viejo? Pensé que estaría aterrada, que no sería capaz de volver jamás, pero aquí estoy, ante ti. No te voy a maldecir ni nada porque ya tienes suficiente con lo tuyo, pero que sepas que marcharme de aquí, aunque dolió, fue lo mejor que me pasó. Porque me abrió las puertas de mi vida. Yo seré tu mayor deshonra, pero para mí eres mi mayor vergüenza, por cómo nos trataste desde chicos, las palizas que nos dabas, pero sobre todo por darme la espalda cuando más te necesité. Pero bueno, Dios es justo, y que la única de tus hijos capaz de ayudarte en esos momentos fuera yo, justicia divina. Esa será siempre tu pena.

Y dicho esto, Érica escupió en el suelo, apagó el cigarro sobre la cama y salió de la habitación sin volver a dirigir la mirada hacia su padre. Todos sus hermanos estaban pendientes de la puerta del pasillo, pero se dieron la vuelta en cuanto vieron que volvía. Jairo se acercó a ella para acompañarla hasta una silla mientras le preguntaba si quería algo de beber, lo que terminó de hacer estallar a Esperanza.

—A esta ni agua. Ya ha visto al *papa*, ahora que se vaya por dónde ha venido.

—Esperanza, por favor —pidió Teresa, pero su hermana mayor no estaba por la labor de morderse la lengua. Llevaba muchos años callando el resentimiento que sentía.

—Ni por favor ni hostias ¡¿Quién se ha creído que es para aparecer como si nada?! —se dirigió a su hermana más pequeña mientras Toni y José la sujetaban—. Te marchaste porque te encaprichaste de un rico, que encima pasó de ti cuando le diste lo que quería. No volvimos a saber más nada de ti hasta que te vimos en las revistas. ¡Nunca te has preocupado por ninguno de nosotros! Si nos faltaba algo o si estábamos bien... Tú solo piensas en ti misma. No sé cómo has tenido alma de plantarte aquí.

Jairo se interpuso entre ambas, pero Érica estaba tranquila. Lo apartó con un gesto cariñoso y calmado, poniéndose delante de la mesa que la separaba de la hidra para soltarle una bofetada sin mano.

—¿Quién crees que ha estado pagando las medicinas del *papa*? —hizo una pausa—. ¿Quién crees que mantuvo a Teresa hasta que encontró trabajo cuando murió Alberto? o ¿Quién impidió que los Cortés apalearan a Rafita cuando deshonró a María? —Ante la mirada atónita de

Esperanza continuó de forma lapidaria—. ¡Pues yo! Así que no vayas de digna cuando todos menos Jairo me repudiasteis igual que el *papa*, en vez de ayudarme como hubiera hecho una familia. Solo unos cuantos aparecisteis movidos por el interés ante el olor del dinero, para que encima seáis capaces de recriminarme nada.

Esperanza miró a sus hermanos pidiendo explicaciones, pero como ninguno dijo nada frunció los labios antes de sentarse sobre el sofá de mala gana. Tras contemplar su victoria, Érica decidió abandonar la casa familiar. Besó la mejilla de Jairo, encaminándose justo después hacia la puerta, dónde se encontró con una sorpresa agridulce. En el rellano apareció un hombre poco mayor que ella, de piel oscura y dentadura impoluta al que conocía a la perfección.

—¡Flaca! —exclamó él con alegría, y se apresuró a abrazarla.

Érica sintió un cosquilleo en el estómago cuando Ernesto la llamó de esa manera. No dijo nada, tan solo correspondió el gesto de su amigo, mirándole con los ojos brillantes.

—Me alegro mucho de verte, no imaginé que vendrías —continuó mientras se separaba de ella—. Iba a ver a tus hermanos para darles el pésame.

—Yo también me alegro de verte, pero ya me marchaba.

—Pásate a ver a mi madre, le hará mucha ilusión que vayas.

La vieja Remedios era la mejor amiga de la madre de Érica, además de su madrina. No había vuelto a verla desde aquella maldita noche en la que todo cambió. Si bien era cierto que Remedios no era una persona con un carácter al estilo de Esperanza, a Érica le daba un poco de miedo enfrentarse al reencuentro. Pese a eso, si Ernesto le pedía que fuera a visitarla era porque de verdad no había nada que temer. Bajó las escaleras con cuidado y llamó a la puerta de la izquierda. La abrió una muchacha joven que Érica no había visto nunca, pero en cuanto preguntó por la anciana se oyó un grito de emoción. Una mujer salió a trompicones de la cocina, apoyándose por las paredes hasta llegar a la puerta, donde la joven corrió a sujetarla. Agarró a Érica de las manos y la apretó contra su pecho con lágrimas en los ojos.

—Mi niña bella, por fin has regresado. —Agarró su cara entre las manos mientras iba palpando con cuidado para que se dibujase una imagen

en su cabeza—. No sabes cuánto he rezado para que este momento llegase, cuanto te he extrañado.

La invitó a pasar, acompañándola con cuidado hasta el salón a la vez que mandaba a la joven a que trajera algo de comer. Habló en voz baja para explicar a Érica que ella era la mujer de Ernesto, Irene. Tratando de atinar con el asiento, la vieja Remedios se dejó caer sobre el sofá, y tras estirar los brazos volvió a abrazarla con mucha ternura.

—¿Qué te ha pasado, madrina? Nunca me contaron que hubieras perdido la vista.

—No fue hace mucho. La marquesa insistió en hacer una de nuestras sesiones, ya sabes. —Hizo un gesto con la mano—. Así que fui al palacete, con la malísima suerte de que estaba allí la asquerosa de su nuera. Siempre se burla de estas cosas justo antes de marcharse a otra habitación, pero ese día decidió quedarse. ¿Recuerdas que puede pasar si se rompe el círculo durante una sesión, Érica? —ella asintió en silencio—. ¿Lo recuerdas o no?

—Sí, madrina. —No estaba acostumbrada a que no la pudiese ver.

—No sé con qué habíamos contactado, pero no era bueno. La nuera estuvo todo el rato con sarcasmos y tonterías, hasta que se levantó. Le prohibí que se moviera del sitio, pero no me hizo caso. Para desafiarme, agarró la tablilla y la arrojó fuera de la mesa. Eso lo desencadenó todo. El espíritu fue liberado, estampó a la nuera contra la pared, derribó la mesa e hizo estallar los cristales. Al final logré contenerlo, pero tuve que pagar el precio.

—Lo siento mucho, Remedios.

La vieja agarró su mano a la vez que daba unas palmaditas. En ese momento llegó Irene con una bandeja repleta de dulces y varias tazas de café.

—Por suerte, pude ver *Sirenas* antes de que eso ocurriera —dijo con una sonrisa—. He oído en la radio que acabas de terminar tu nueva película.

—Así es. Volví de Barcelona hace dos días, y fíjate, no me ha dado casi tiempo de parar en casa. —Agarró una de las tazas y se la pasó a la anciana.

—Menos mal que tu marido te permite hacer todo eso. Si al final

hubieras acabado con mi Ernesto... quién sabe. —Se llevó el café a la boca mirando al frente—. Él también te quería, de hecho, estuvo a punto de arriesgarlo todo por ir a buscarte.

Érica miró de reojo a Irene, que frunció los labios antes de levantarse dando un portazo al encerrarse en su habitación. Remedios se encogió de hombros justo antes de dejar con cuidado la taza de café sobre la mesa, esperando una respuesta.

—Sabes de sobra que, para mí, Ernesto era como un hermano. Además, si me hubiera casado con él ninguno de los dos podríamos haber vuelto aquí. Mario en cambio se encargó de garantizar un futuro para mí y para mi hijo. —Su tono era defensivo—. Ahora tengo una carrera y una familia, todo gracias a él.

—Eso es muy bonito, flaca, pero ¿le quieres?

Érica abrió mucho los ojos ante la osadía de la vieja. Guardó un momento de silencio para buscar las palabras adecuadas, pero se sentía tan insultada que no se midió.

—Por supuesto que sí, mucho más de lo que nunca quise a tu hijo.

Dejó la taza con fuerza sobre la mesa y se levantó del sofá decidida a marcharse. La vieja Remedios oyó cómo sus tacones se dirigían a la puerta, por lo que decidió soltar el último dardo venenoso que le quedaba.

—No te engañes, Érica. Tu corazón murió la noche que Ignacio te deshonró.

No podía creer que su madrina hubiera pronunciado esas palabras. Se giró horrorizada con un puñal clavado en el pecho, pero no fue capaz de decir nada. Salió en silencio del piso, cerrando la puerta tras de sí con mucho cuidado. Se quedó paralizada unos segundos, procesando lo que la vieja Remedios acababa de escupir, y sintió las lágrimas aflorar a través de sus ojos. De todos los enfrentamientos que había imaginado durante su regreso, aquel no entraba en sus planes. Sin embargo, había sido el más despiadado.

El pueblo, principio de los años 90

El cementerio municipal se encontraba lleno de personas que querían dar el último adiós a Ricardo Solís. Al parecer, era un hombre bastante querido dentro de la comunidad gitana pese a la opinión que pudieran tener algunos de sus hijos. El féretro entró a través de las rejas del recinto cargado sobre una multitud que gritaba su nombre y vivas al cielo. Tras él, caminó la familia entre chillidos y llantos de dolor hasta el lugar de sepultura, dónde se detuvieron para decir unas palabras de respeto al difunto. Todos sus hijos se agolparon a ambos lados de la fosa, todos menos una.

Érica se había sentado en los últimos bancos de la iglesia durante la misa tratando de pasar inadvertida. Llevaba la mitad del pelo recogido en una cola alta para dejar su rostro al descubierto. Había establecido contacto visual con alguno de sus hermanos, pero ninguno se había acercado a ella. Cogió su bolso para sacar un rosario de oro del interior, el cual utilizó para calmar sus nervios en lugar de rezar. Sin embargo, los guantes que llevaba hicieron que se resbalase constantemente, poniéndola incluso más nerviosa. Al final, terminó devolviendo el rosario al lugar de donde lo había sacado. No esperó a que la misa terminase, salió la primera para poder entrar tranquila al cementerio sin ser arrollada por la turba. Allí se quedó de pie junto a la pared de un nicho esperando ver llegar el cortejo fúnebre. Se puso las gafas de sol que tapaban la mitad de su rostro, se santiguó cuando el féretro pasó junto a ella y lo siguió con la mirada hasta el lugar del sepelio, aguardando ver el espectáculo desde la distancia. Nada más

que el pastor del culto empezó a hablar, Esperanza se derrumbó gritando sobre el suelo para arrojarse justo después sobre el ataúd de su padre, llorando sin consuelo. Toni y Rafita la apartaron con cuidado mientras ella seguía maldiciendo, hasta que Teresa la abrazó por su lado derecho, haciendo que se calmase un poco. Érica no pudo evitar poner cara de hastío. Agarró de nuevo el bolso para sacar el tabaco, pero los guantes se interpusieron de nuevo en su camino. Se los quitó con rapidez, provocando que uno de ellos cayese sobre la arena del suelo. Una mano se apresuró a agarrarlo,teniéndolo a su dueña con delicadeza.

—¿No estás con los demás? —preguntó Ernesto.

Érica se sobresaltó al verle a su lado, pero cogió el guante ofreciéndole una sonrisa tímida a modo de agradecimiento. Regresó la pitillera con disimulo al bolso, ya que le daba vergüenza que los demás la vieran fumando. No era algo que hiciera a menudo, pero en momentos de tensión como aquel, la ayudaba a evadirse.

—Prefiero dejarle todo el protagonismo a Esperanza —respondió sarcástica—. No quiero eclipsar su drama de Lorca.

—Ten en cuenta que tus hermanos han vivido una realidad totalmente diferente a la tuya. Han hecho lo que se esperaba de ellos en mayor o menor medida, sin saltarse nuestras leyes. Es normal que a ellos les duela que su *papa* se haya ido.

—Sí, será eso —su tono era irónico.

Érica se dio la vuelta y se encaminó por una calle perpendicular del cementerio mientras el ruido de sus tacones se camuflaba entre los lamentos de sus hermanas. Ernesto la observó en silencio antes de decidir seguirla. Caminaron en silencio hasta que llegaron a un nicho situado a una altura media en cuya lápida estaba escrito el nombre «Carmen Heredia». Érica acarició el nombre en relieve de su madre con una sonrisa amarga, retiró unos claveles secos que descansaban sobre el pequeño bordillo y besó la lápida con cariño, dejando la marca de su pintalabios. Entonces agachó la cabeza y comenzó a llorar tratando de hacer el menor ruido posible mientras retiraba las lágrimas con el pulgar.

—Eras muy pequeña, pero te acuerdas mucho de ella, ¿no es así?

—Mucho. —Hizo una pausa—. Y más ahora que tengo su misma edad, cuando se la llevaron.

Ernesto guardó silencio. La versión oficial estipuló que la muerte de Carmen había sido suicidio, pero había muchas personas en desacuerdo, entre ellas la vieja Remedios. Sea como fuere, resultó ser una desgracia cuyos protagonistas eran personas de etnia gitana durante los años 60, por lo que las autoridades no hicieron nada por esclarecer los hechos. Carmen se fue dejando siete hijos sin madre y un marido sin esposa. Érica volvió a acariciar la lápida, pero viendo que iba a empezar otra vez a llorar se giró hacia Ernesto para abrazarlo con fuerza intentando contener el llanto. No debía haberlo hecho, pero fue un momento de debilidad favorecido por la cercanía que Ernesto mostraba hacia ella. Érica no terminaba de entender su comportamiento debido a lo que sucedió entre ellos después de su marcha. Puede que Ernesto no le guardase rencor dadas las circunstancias, pero aun así no era del todo justa la actitud de ella. Se apartó despacio dedicándole una sonrisa avergonzada. Mientras reanudaban la marcha a través del camposanto iniciaron una conversación con la que poco a poco se fueron poniendo al día de todo: las cosas que habían hecho, las familias que habían formado... No obstante, después de tantos años sin hablar no tardaron en aflorar las referencias al pasado, travesuras que tuvieron lugar cuando eran niños, situaciones vividas conforme crecían, secretos nunca confesados... Hasta que llegaron al evento que cambió el transcurso de sus vidas, trayendo consigo las posteriores consecuencias. De este modo, el tono de la plática fue tornándose amargo debido a unos asuntos que quedaron sin resolver en su momento, provocando así que los reproches aflorasen.

—¿Sabes? Estuve dos horas esperándote en el puente, y cuando por fin decidí ir a buscarte a la casa temiéndome lo peor, esa puta me dijo que te habías marchado con otro.

—Ernesto, por favor, eso pasó hace mucho tiempo. No nos hagamos más daño.

—Es que quiero saber por qué me hiciste eso. —Elevó el tono de la voz— ¡Fui a por ti! Poniéndome a todo el mundo en contra, dispuesto a abandonarlo todo con tal de estar contigo, aun cuando para el resto eras una fulana. ¿Sabes por qué? Porque tenía fe ciega en lo que sentía por ti. ¡Podríamos haber sido felices, Érica! —Hizo una pausa—. Y así me lo pagaste...

Érica no se esperaba que lo que había empezado como un tierno re-encuentro hubiera acabado de aquella forma. Ernesto tenía razón hasta cierto punto, y de no haberse solapado con Mario puede que se hubiera escapado con él. Pero eso nunca lo sabrían debido a que las cosas no sucedieron así. Le había escrito una carta tras lo sucedido explicándose todo a modo de disculpa, de la cual nunca obtuvo respuesta. Sin embargo, tras su encuentro el día anterior pensó que todo estaba perdonado. Si bien era cierto que no había actuado correctamente en el pasado, no se merecía esa recriminación a estas alturas de la vida, por lo que fue implacable a la hora de defenderse.

—¿Ah sí? ¿Cómo habríamos sido felices? —Sus palabras escupían veneno—. Repudiados los dos, viviendo en un lugar de mala muerte, entre gentuza y basura, criando un hijo tras otro a los que le faltase hasta lo más básico. ¿Esa es la vida que te hubiera gustado tener?

—Sabes que si hubiéramos regresado juntos nos habrían perdonado, pero de no ser así me hubiera dado igual con tal de tenerte a mi lado. Hubiéramos pasado por momentos difíciles, pero teníamos amor...

—Lo tenías tú, Ernesto, pero yo no te quería de esa forma. ¿Crees que para mí no hubiera sido fácil escaparme contigo y volver a lo que conocía? Pero ya no quería eso, porque al salir de Los Naranjos vi una realidad distinta donde muchas más cosas eran posibles. De haberme ido contigo hubiera sido una infeliz, porque el amor no da de comer. —Hizo una pausa a la vez que le acariciaba el brazo—. Tienes que ser realista, esa vida con la que soñabas no nos habría traído nada bueno a ninguno de los dos.

El dolor se reflejó en los ojos de Ernesto, lo que provocó que apretase la mandíbula y apartase la mirada. Fue entonces cuando Érica comprendió que había hablado más de la cuenta. Respiró y se acercó más a él, pero Ernesto le dio la espalda. En silencio agarró sus fuertes hombros con las manos mientras apoyaba la cabeza sobre su espalda intentando disculparse, pero él se apartó con brusquedad y volvió a la carga.

—Me das pena. Siempre te has sentido superior a los demás, pero en el fondo eres una desgraciada. ¿Te crees muy moderna? pues lo que hiciste lo hicieron antes mil gitanas, la única diferencia es que tú tuviste suerte. Pero no se te olvide que acabaste como una vulgar ramera en un burdel, y a saber qué más has tenido que hacer para llegar donde estás. Esa

ambición de la que presumes solo te ha traído la ruina.

Aquello fue como una bala. Érica había pasado por muchas cosas en la vida, pero nunca nadie se había atrevido a distorsionar la realidad con ese desprecio. Sintió cómo le temblaba el labio superior y las lágrimas acudiendo a sus ojos, pero se negó a que la viera llorar por ese motivo. Apretó los dientes, miró a Ernesto a los ojos y soltó tal bofetada que el sonido cortó el silencio del lugar. Él la miró totalmente desconcertado, pues jamás hubiera esperado esa reacción. Érica le mantuvo la mirada, mostrándose altiva y desafiante.

—No eres más que un resentido vengativo, y así te ha ido.

Se dio la vuelta dirigiéndose a la salida del cementerio. Ernesto trató de agarrarla, pero se zafó de él amenazándolo con los ojos. Retomó su camino, esta vez en solitario. El entierro ya había acabado y la gente estaba saliendo del camposanto, por lo que Érica pudo camuflarse entre ellos para llegar lo más rápido posible a la verja. Sin embargo, el contraste de su apariencia con la de los demás llamó la atención de los fotógrafos que la esperaban en la puerta. En cuanto la avalancha de flashes comenzó, Érica se sintió desubicada. ¿Qué hacía la prensa allí? ¿Quién les había avisado de la noticia? Pero, sobre todo, ¿cómo se atrevían a intentar comercializar con la situación? Una lluvia de preguntas la asaltó, pero estaba tan confundida que no fue capaz de articular palabras. Por suerte, su hermano Jairo alcanzó a ver lo que estaba sucediendo justo antes de marcharse. Agarró a los dos pequeños y corrieron a socorrer a Érica, que trataba de escurrirse entre las cámaras. Mientras José y Rafita discutían con los periodistas amenazándolos con romper los aparatos si no paraban de hacer fotos, Jairo acompañó a su hermana hasta el coche, donde su mujer la ayudó a entrar en los asientos de atrás. Los reporteros volvieron a la carga sacando fotos del momento, justo antes de que Rafita diese una patada a una de las cámaras, que salió por los aires.

—¡Arranca Jairo! —ordenó Paloma.

Obedeciendo a su mujer, encendió el motor justo a tiempo de que José subiese a bordo, provocando un chirrido acompañado de una nube de polvo al pisar el acelerador. Dejaron a la prensa atrás sin el menor esfuerzo. Todos los ocupantes hablaron de lo sucedido impactados por la agresividad de los periodistas en un momento como aquel. Había sido